

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 27 DE MARZO DE 1921

NUM. 19.390

## RESURRECCIÓN



Cuadro de Aníbal Carracci.

Ayuntamiento de Madrid



CUENTOS ESPAÑOLES

# CUMPLEAÑOS

ABRIERON la puerta los chicos, atornando con sus gritos y risotadas. —¿Cómo has tardado tanto, papá?

—Tío Pascual te espera hace mucho rato.

Le atosigaban, rodeándole como gozquecillos cariñosos, sus cuatro arrapiezos, mientras los tres hijos de su hermano Pascual, después de haberle saludado, contemplaban la escena sonrientes.

—Buena; ante todo, me dejaréis quitarme el gabán, ¿no es eso?

—Y hasta te ayudaremos —dijo Elenita, la mayor, una mocetona de ocho años.

—¿Y mamá?

—Está en el comedor, con tía Isabel, adornando la mesa. ¡Si vieras lo bonita que la han puesto! Pero dice que no quiere que entres hasta el momento de sentarnos a cenar, para darte una sorpresa.

—Así lo haré. Por más que la sorpresa será muy relativa... El que quiera guardar un secreto debe confíarlo a ti.

—¡Bah! —rió la nena—. Es que yo no tengo secretos contigo.

—Ya estás buena zalamerilla... Anda, dame otro beso y vete con tus hermanos y tus primos. Tío Pascual estará en el despacho, ¿verdad?

—Sí... Pero no me has traído lo que te encargué...

—¿Lo que me encargaste?

—Ni siquiera te acuerdas... Parece mentira...

—Sí, me acuerdo. La muñeca grande del bazar, ¿no es eso? Ya te dije que te la compraré. Es muy cara, y estos días ha habido que gastar mucho... A primeros de mes la tendrás. Pero es menester que seas muy buena...

—¿Si lo soy, papáito!

—Y algo menos charlatana... Y que suprimas esa fea costumbre de escuchar detrás de las puertas...

—Yo te lo prometo, papáito.

Fuése corriendo Elena, pasillo adelante, mientras su padre abría la puerta del despacho, donde su hermano Pascual le aguardaba.

—Dichosos los ojos, Andrés. Creí que no cenabas hoy en casa, para celebrar tu cumpleaños...

—Ya te contaré... Estaba en brasas, comprendiendo que te hacía esperar, y, sin embargo...

Dejóse caer sobre un sillón, con aire de desaliento y fatiga. Pascual se levantó de su butaca y se le aproximó, inquieto.

—¿Te ocurre algo? Me alarma tu actitud... ¿Estás enfermo?

—No; mucho peor. Una enfermedad se cura, y si no, mata, y esto tampoco me atterra. Desde que contraté el seguro de vida que garantiza un porvenir desahogado a Rosaura y los niños en caso de faltar yo, miyo a la muerte con indiferencia, casi con desprecio. Peor, mucho peor es lo que me sucede.

—¿Peor que morir?... Estás sobreexcitado. Tranquilízate. Cuéntame lo que te pasa. Si yo puedo remediarlo, cuenta conmigo para todo. Si no, te consolaré por lo menos. La intensidad de las penas parece que disminuye cuando se confían a otro que sepa compartirlas. ¿Es que no tienes confianza conmigo?

—No es eso: es que nada puedes hacer por mí y sería proporcionarte una pena inútilmente.

—Sin embargo, yo tengo derecho a saberlo. Soy tu hermano.

—Pues oye. Todo está dicho en dos palabras. Estoy arruinado.

—¿Cómo!

—De sobra conoces mi situación económica. Las seis mil pesetas de mi sueldo resultaban insuficientes para vivir con las necesidades, cada día mayores, de una casa como la mía... La renta del pequeño capital aportado por Rosaura al matrimonio era mezquino alivio. El afán de medro me impulsó a traficar con ese dinero, siguiendo las indicaciones de un amigo, conecador de los asuntos bursátiles. Empecé muy bien; pude con orgullo aportar nuevas comodidades para los míos. Pero la excesiva ambición me perdió. No conformándome

con lo que ganaba, relativamente con pequeño peligro, quise ganar más, aumentando, como es lógico, la exposición del dinero... Y cuando esperaba redondearme, vino la ruina.

—Pero algo te quedará... Pueda que exageres la magnitud de la catástrofe.

—No exagero, por desgracia. He estado haciendo números toda la tarde. Me quedan unos cuantos miles de pesetas, los suficientes para que Rosaura y los niños vivan un par de años sin escaseces, mientras yo procuro rehacer mi vida en América.

—¿En América? ¿Piensas emigrar?

—No tengo más remedio. Aquí se vive muy mezquinamente para crearse una posición decorosa. El banquero Huelves me ha hablado en varias ocasiones de las facilidades que hay para levantar una fortuna en aquellos países. Tengo cartas de presentación para personas

que me ayudarán, seguramente. Yo sé trabajar y estoy seguro de desempeñar la tarea de tres hombres... ¡Figúrate que no haré yo para remediar el mal causado!

—Pero yo creo que reflexionarás. ¿Y Rosaura y los niños, lejos de ti?

—Ya te digo que les queda para vivir dos años. Si para entonces he resuelto mi situación, vendré a recogerlos o quedarme allí definitivamente, si acaso la suerte me ha favorecido con exceso. Si dentro de dos años no he triunfado, ya está resuelto lo que he de hacer.

—¿Algún disparate?

—La única solución. La Compañía donde hice mi seguro paga aunque la muerte del asegurado provenga de suicidio.

—¡Calla, qué horror!

—Mi gente no quedará desamparada. Esa tranquilidad tengo.

—Pues es preciso que desistas de todo. Yo no sé cómo; pero ya resolveremos el conflicto. Ya verás. Hablaré con varios amigos que pueden ayudarte. Una buena administración, por de pronto... Y reducirse un poco, ¡qué diablo! No por eso os ha de suceder nada. Déjalo de mi cuenta. Hablaré con Rosaura...

—¡No, por Dios! Ella no debe saberlo. Prométeme que no le dirás nada.

—Lo prometo; pero has de dejar guiar por mí...

Abrióse la puerta del gabinete contiguo y apareció Rosaura, interrumpiéndoles:

—¿Disputabais?

—No, mujer. Charlábamos, sencillamente.

—¿Cómo no venís al comedor? Hace rato envié a Elenita para avisaros.

—Pues no ha venido. Se entretendrá jugando, sin duda.

—Eso será. Pues no tardéis, que ya aguarda la cena.

Salió Rosaura, siguiéndola Pascual, pasillo adelante. Andrés quedó el último, para apagar las luces. Al tiempo de abandonar el despacho, una mano se apoderó de la suya en las tinieblas. Nervioso como estaba, no pudo reprimir un estremecimiento.

—¿Papá... papáito! —dijo una voz inconfundible.

—¡Nena! ¿Eres tú, Elenita? ¿Qué hacías ahí, oculta entre la colgadura?

—Es que... tenía que decirte una cosa...

—¿Una cosa? Y cien que sean.

—Pues mira, papáito... Ya no quiero que me compres la muñeca.

—¿Cómo es eso, si hace un rato me la pedías?

—Pues ahora no la quiero. Es muy cara. Y con ese dinero... ya no tendré que marcharte.

—¿Qué dices, nena? ¿De dónde sacas eso?

—He oído lo que hablabas con el tío Pascual... Estaba escuchando detrás de la puerta... Regáñame, pégame si quieres... ¡Pero no te vayas, por Dios, papáito; no te vayas!...

La voz de Elenita se quebró en sollozos, mientras su padre la besaba, frenético, mezclando sus lágrimas de ternura con las de la nena.

—Por ti me iba... Por ti me quedo, aunque aquí tenga que arrancar piedras con los dientes... Y ahora, es preciso que no le digas nada de esto a mamá. La pobre lloraría mucho si lo supiera.

—Ni a mamá ni a nadie. ¡Ya verás si sé guardar secretos!

Andrés cogió a su hija de la mano, y juntos penetraron en el comedor. Brillaba en sus ojos un fulgor de optimismo. Ni morir, ni alejarse de los suyos. Dios diría. Por de pronto, a cenar patriarcalmente.

Y antes de ocupar su sitio tuvo palabras de lisonja para la habilidad con que Isabel y Rosaura habían engalanado la mesa.

# LOS POETAS

## La canción ingenua

Sin saber por qué,  
se encendieron de música mis labios  
y hubo en mis ojos un alegre llanto.

Sin saber por qué,  
mi corazón se hizo  
más luminoso que los astros.  
(Ardía  
un poco de sol en mi vaso;  
pero mi canción era casta,  
y el sol es el demiurgo de los alegres diables.)

Mis palabras sonoras  
hicieron los enigmas diáfanos.  
Vi todo el universo con ojos infantiles;  
por vez primera y única  
mis ojos fueron sabios.

Canté como los niños,  
canté como las fuentes,  
canté como los pájaros.  
Canté...  
sin saber por qué.

Ramón PRIETO Y ROMERO

## Campanas de Resurrección

La clara campana  
de argentino son  
canta en la mañana  
de Resurrección.

¡Campanitas de oro,  
campanitas blancas,  
que llenáis de música  
la limpia mañana!  
¡Oh, mañana azul  
de puras fragancias!  
Con su traje blanco  
van las colegialas.  
Los templos, sombríos,  
se visten de gala,  
de tempranas rosas  
y de luminarias.

¡Es inolvidable  
para el corazón  
la mañana amable  
de Resurrección!

¡Oh, sus rubias trenzas;  
sus pupilas claras!  
¡Oh, primera novia,  
divina y lejana!  
Quince años tenía  
y era toda blanca.  
¡Quince años! ¡Qué dulces  
floridas palabras!

Tocaban a gloria  
las áureas campanas,  
y yo las sentía  
dentro de mi alma.

¡Oh, novia lejana  
con qué triste son  
suena hoy la campana  
de Resurrección!

¡Ya no he vuelto a verte,  
novia dulce y blanca!  
No sé si eres una  
figura soñada.  
Nos han separado,  
como olas amargas,  
las horas que vienen,  
las horas que pasan.  
Nos ha separado  
la vida... y mi alma  
te revive, toda  
fragante y dorada,  
mientras clamorean  
las dulces campanas,  
estas musicales  
campanas de plata.

¡Campana divina  
de aforante son,  
que hoy canta en la ruina  
de mi corazón!

Emilio CARRERE

A. MARTINEZ OLMEDILLA





De la moderna pintura

# Gutiérrez Solana, el exasperado



HACE ya casi seis años. La Exposición Nacional de 1915. Cuadros y más cuadros: lienzos de todos tamaños y de todas fórmulas; composiciones para cubrir una pared entera y paisajes diminutos, recuerdos de un momento de ocio en un pleno día de verano, y retratos tímidos de esos que se titulan modestamente estudios y se hacen con un modelo familiar, y retratos «de encargo» pomposos, halagadores y embusteros. Y figuras que intentan hacer revivir entre tonalidades exageradamente satinadas toda la fuerza del ritmo de un cuerpo de mujer. Había obras despreocupadas, de esas que sólo buscan el pase para entrar, y obras interesadamente frívolas, de esas que aspiran a un premio o a la pensión provinciana; y también obras hechas con todo el amor de una vida y que eran un anhelo de realización casi realizado. Y cuando se habían visto todas, cuando se había uno indignado y recreado y había uno gozado con todas; en esos momentos de *después de una Exposición* en que se deja uno llevar sin sentido, mareado por tanta forma y tanto tono fuera de la vida, al salir, junto a la puerta, tropezaba uno con «Los caídos», la obra réproba, la obra maldita admitida por descuido del Jurado, que no había reparado en su maldición. Y en el espíritu ya indiferente y la vista hastiada, sentía uno, con una fuerza que imponía esta postrera impresión por encima de todas las demás, un estremecimiento que elevaba esta obra vergonzosamente oculta más alto que todas las demás obras claras y privilegiadas.

Y fuimos unos cuantos, pocos, fervorosos, los que nos acercamos a ella para—frente a la reprobación y la maldición generales—sostenerla y animarla con nuestra devoción.

Algún tiempo después, Solana vino a visitarnos. Se nos presentó un día, diciéndonos: «Soy Solana.» Estuvo un rato en casa, sin decir palabra, contemplando tras los cristales del balcón la tragedia, tan suya, del paisaje castellano. Luego se fué. Ya no nos hemos vuelto a ver más. De vez en cuando recibimos uno de sus libros: *Madrid, primer tomo; Madrid, segundo tomo; La España negra*. Pero somos—y lo sabemos—grandes y buenos amigos.

Y en estos seis años el nombre de Solana ha ido ascendiendo, ascendiendo, hasta ser célebre y obtener la consagración—¡cuán mayor y más real que to-

das las medallas!—, de que Sargent y Zuloaga comprasen obras suyas. Y ahora, aquello que hace seis años parecía brutal y hasta sucio, parece interpreta-

una realización, no digamos completa, (sería cerrarla, y mucho ha de recorrer todavía), sino una realización entera. Frente a los cuadros *compuestos*, mues-

mente, con un ímpetu que a toda se entrega, la acuidad, la exasperada comprensión de su visión baja y fea, que, por su entereza y su honradez, se reúne con la de los artistas que pintaban de rodillas, mirando al cielo. Y su misticismismo, por más doloroso, es quizá mayor que el de aquéllos, más castellano seguramente.

En *La España negra*, en ese libro capital entre la literatura española contemporánea, Solana resume su visión castellana asociándola a las visiones impuestas por Zuloaga. Visión del campo, seres, paisajes y cosas. Para todos los que se han estremecido con la emoción intensa, insuperable, de los cuadros del pintor montañés, ciertas visiones *ciudadanas* quedan ya indefectiblemente unidas a esos cuadros tan desgarradora y despiadadamente apasionados, feos y grandiosamente bellos, como la figura de un asesino de Shakespeare.

Gutiérrez Solana, *el exasperado*; nos gusta llamarle así. El cuadro que tenía en aquella Exposición nacional de 1915 tenía una fuerza de expresión casi dolorosa; esa representación de una orgía triste y misera como ninguna, *vivía* de tal modo que *olía mal*. La frase me fué dicha, textualmente, con gran desprecio, por un pintor de cuadros, lindos ellos hasta empalagar. De *Los bards* se desprende un olor a podrido; era verdad; y por eso el cuadro se maldecía como se maldicen las callejas inmundas. Y por eso nosotros, los pocos que a él nos acercamos, pensamos: en verdad, tiene que ser extrema la fuerza de una obra que, siendo un lienzo con la tercera dimensión imaginada, impresione físicamente hasta sobrecoger de asco. Y pensamos en Callot, que sobrecogía por la miseria viva de sus obras, y en Goya, que sobrecogía por la vida espantosa de sus «errores de la guerra». También Callot y Goya *olían mal*.

No sólo lo feo y miserable es digno de interés; pero lo repugnante palpita en la Naturaleza y, por consiguiente, da sensación de vida, y la vida es siempre belleza, y la vida más horrenda es más hermosa; que lo que pretende vivir fuera de la imperfección natural. No porque estreñecía de asco, sino porque daba la sensación de la vida misma, imponiase por encima de las demás aquellas obras de Solana.

Margarita NELKEN



CARNESTOLENDAS

ción muy honda, merecedora de examen detenido y complaciente. Y en el último Salón de Otoño, los cuadros de Solana fueron, ante el público y la crítica, el *clou* de la Exposición.

¿Un camino la obra de Solana? No;

tra la fuerza justa, seca y honrada de los trozos de vida interpretados sin artimañas y con exaltación. Los primitivos realizaron excelentemente, con una minucia que a todo se entregaba, su excelsa visión; Gutiérrez Solana realiza brutal-



EL ASILO NOCTURNO



CARNAVAL EN LA ALDEA



# ULISES Y EL GIGANTE

**H**UBO una vez en Grecia un hombre que se llamaba Ulises, muy listo, muy listo; más que casi todos los de su país, con ser ellos los hombres más listos de aquel tiempo.

Ulises fué a la guerra de Troya para rescatar a una mujer que se llamaba Elena y que había sido robada por un guerrero troyano que se llamaba Paris.

Así que la guerra terminó, volvía Ulises a su patria, embarcado con otros compañeros, cuando les cogió en medio del mar una tormenta furiosa. Muchas embarcaciones se hundieron, y la de Ulises fué a parar a las costas de una isla desconocida para ellos.

Saltaron a tierra todos para reponerse y coger viveres, antes de continuar la travesía. La isla parecía desierta, pues no se veía por ninguna parte ni seres humanos ni viviendas. Rebaños de cabras triscaban por las peñas y rebaños de corderos pastaban en los prados. Había campos de trigo en el llano y viñas en la falda del monte. Alguien, por fuerza, habría sembrado el trigo, guido las viñas y reunido los rebaños. Pero ¿quién? ¿Dónde estaban y en qué casas vivían?

Ulises y sus compañeros encontraron, al fin, una cueva grandísima. El dueño no estaba; mas por fuerza vivía gente allí, porque había jarros de leche, quesos y buen fuego.

Los naufragos se disponían a calentarse y a comer de todo aquello, cuando oyeron que alguien se acercaba. Debía de ser un gigante, porque retumbaba el suelo y retumbaban los pasos en la cueva como si se acercara un regimiento de elefantes.

Era un gigante, en efecto; pero de una clase especial de gigantes que había entonces, que se llamaban ciclopes, y eran unos gigantes atroces, muy fuertes y muy brutos, que tenían un ojo nada más en medio de la frente.

Llenos de temor los pobres hombres, se acurrucaron en el rincón más hondo de la cueva para que no se enterase el gigante de que estaban allí; pero éste encendió al entrar una hoguera grandísima, y como lo alumbraba todo, los descubrió en seguida.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Qué es esto?—rugió—. ¿Venís a comer los quesos y a beber la leche de mis cabras? ¡Infames!

—Te engañas—dijo Ulises avanzando tranquilo hacia el ciclope—. Somos aqueos, vencedores en la guerra de Troya, y estamos aquí porque hemos naufragado.

Pero ¡bastante le importaba al gigante todo aquello!

—¿Qué Troya, ni Troya!—dijo gruñón, y cogiendo a dos de los compañeros de Ulises como si fueran dos conejos, los mató, los asó y se los comió. Luego, se echó a dormir tranquilamente.

Perdidos estaban Ulises y los suyos. Huir era imposible, porque el ciclope, al entrar, había tapado la puerta con una roca tan enorme, que se necesitarían lo menos treinta carros para poderla cargar con la facilidad con que la había movido el gigante. Así que, dos a dos, irían muriendo todos para servir de merienda a aquel monstruo.

Cuando amaneció, se despertó el gigante y se marchó con las cabras y ovejas al campo, teniendo buen cuidado al salir de cerrar la entrada otra vez con la roca.

Imposible, pues, escaparse. Y, sin embargo, había que salir de allí a todo trance. Ulises había estado la noche en-

tera pensando cómo hacerlo, y, por fin, se le había ocurrido un medio. Buscando por la cueva algún arma, no había hallado nada que sirviese para matar a un gigante tan atroz como Polifemo; pero encontró una estaca de olivo que servía al ciclope de cayado, y cogiéndola, dijo a sus hombres que la afilaran por

la punta y lo endurecieran al fuego.

Al mediodía sintieron los pasos de Polifemo, que volvía. Entró con sus rebaños, asó dos hombres más y se los comió enteros.

Ulises, como si no pasara nada, se acercó al ciclope y le ofreció una cantarrilla de vino. Bebió Polifemo, y exclamó:



—¡Bien se conoce que no es de aquí este vino! Las viñas de esta tierra no lo dan tan dulce y espeso. Dime cómo te llamas, extranjero, porque quiero recomendarle en pago a este vino excelente que me das.

—¡Oh, ciclope!—dijo Ulises—. Me llamo Nadie. Nadie es mi nombre; reténlo bien en la memoria para que te acuerdes de cumplir tu promesa.

—La cumpliré, Nadie—respondió el ciclope—. Serás el último de tus compañeros que me coma; haré contigo esta distinción en agradecimiento al vino que me has dado.

Dicho lo cual se tumbó a dormir la siesta. Ulises pensó entonces:

—Ha llegado el momento de castigar a esta fiera.

Hizo que le calentaran en el fuego el palo puntiagudo que habían preparado antes, y cuando estuvo al rojo se lo hundió en el ojo a Polifemo.

Lanzó un grito horrible el ciclope. Loop de dolor y de rabia, comenzó a dar traspasos, queriendo deshacer a los compañeros de Ulises; pero como estaba ciego, no acertaba a coger a ninguno. A los rugidos acudieron otros ciclopes por ver qué le pasaba.

—¡Me han hecho traición! ¡Me han dejado ciego! ¡Vengadme!

—¿Vengarte? ¿De quién?

—De Nadie.

—Pero ¿quién te ha hecho traición? ¿Quién te ha dejado ciego?

—¡Nadie!—rugía Polifemo—. ¡Nadie me ha herido! ¡Nadie tiene la culpa!

Pero como los otros ciclopes no sabían lo que había pasado y no se podían figurar la estratagema de Ulises, dieron media vuelta y dejaron solo a Polifemo, gruñendo enfadados:

—Pues ¿para qué te quejas entonces! Si no tiene nadie la culpa, déjanos en paz y no te quejes.

A todo esto, Polifemo no se había separado de la puerta de la cueva para que no se pudieran escapar sus prisioneros.

Pero Ulises recurrió a su ingenio de nuevo. Ató a los corderos del ciclope de tres en tres, y debajo de cada grupo de tres borregos sujetó a uno de sus camaradas.

Al día siguiente, cuando llegó la hora de sacar a pastar los rebaños, se colocó el ciclope a la puerta de la cueva con las piernas abiertas en forma de puente, y fué haciendo que pasara por allí debajo el ganado, tocando a los animales, uno a uno, para saber cuántos se iban e impedir que se escapasen los prisioneros confundidos con el rebaño. La lana de los borregos era tan espesa, que Polifemo no advirtió las cuerdas que ataban a los compañeros de Ulises y fué dejándolos salir poco a poco.

Agarrado al vientre del último iba Ulises. Polifemo cogió al borrego de los cuernos:

—¡Hola, pobre!—le dijo—. ¿Cómo sales el último tú, que siempre sales antes que los demás? ¿Te ha pasado algo, como a tu amo? Seguro estoy de que Nadie te habrá hecho alguna de las suyas. ¡Ah, si yo le cogiera!... ¡Te aseguro que se acordaría de mí!

Hizo unas cuantas caricias al cordero, y lo soltó. Al verse libre, Ulises corrió a desatar a sus amigos, y todos se fueron precipitadamente al barco, dando se a la vela.

De este modo acabaron Ulises y los suyos la aventura en la isla de los ciclopes.

EL ABUELO

Dibujos de BARTOLOZZI.



# El drama de unos zapatos nuevos

La escena, en una habitación de hotel, cuyos dos balcones se abren sobre la alegría de colmena de la Puerta del Sol: llena de luz, de gente, de tranvías, de bocineros de automóviles, de pregones...

Manolita: Veinte años. Muy elegante.  
Don Ciro: Corpulento y buen mozo todavía, a pesar de la grasa que comienza a rodear el cuello y el abdomen. Viste un «completo» gris claro, con rayitas verdes, excesivamente «primaverales» para su edad, y polainas blancas. En su solapa, un clavel rojo lanza un aroma apasionado. Don Ciro, que ha cumplido los cincuenta años, apenas representa cuarenta, y no confiesa más que treinta y cinco.

Hora, las once de la mañana.  
Don Ciro (contemplando a través de los cristales el inmenso júbilo azul del cielo). — ¿Salimos? Estamos perdiendo unas horas preciosas de sol.

Manolita. — Sí, en seguida; necesito ir a casa del zapatero.

Don Ciro. — ¿Otra vez?  
Manolita (acabando de abrocharse los guantes). — ¿Quieres tenerme descalza?... Mira: estos zapatos que llevo ya no me sirven; los grises, tampoco me sirven; ni los de charol; de los de taflete, no habíamos...

Don Ciro. — Demasiado sé que ningunos te sirven. ¡No te sirven porque no te entran!... Bueno, vámonos... (Mirando al techo.) Señor... ¿cuándo se convencerán las mujeres de que los zapatos se han hecho para andar?...

Salen, y pronto Don Ciro advierte que su esposa se estrecha contra él con una especie de amoroso abandono.

Don Ciro (inquieto). — ¿Qué te sucede?

Manolita (mirándole de soslayo y cálidamente). — Nada... (Disimula un suspiro.)

Don Ciro. — ¿Te duele algún pie?

Manolita. — Me duelen los dos.

Don Ciro (amargo). — ¡Lo sospechaba! Tus pies son el termómetro que me dice las temperaturas de tu corazón: cuanto más te molestan, más te acercas a mí.

Manolita (con la dulzura de un niño enfermo). — No me regañes, Ciri... (Don Ciro (envalentonándose). — Nada más antielegante que el calzado estrecho; porque destruye el ritmo del cuerpo al andar, porque le quita a los movimientos su agilidad graciosa... y también porque su oscuridad el entendimiento. Tú, ahora mismo, no puedes gozar de la lindura de la mañana; vas pensando en que los pies te duelen, llevas el cerebro en los pies. Además, toda mujer que usa el calzado demasiado estrecho, nos provoca, nos invita... Parece decirle al hombre: «Como ves, no puedo correr; si me sigues, me alcanzas.» Hay en ella no sé qué de inestable, de frágil...; una mujer que camina así va escribiendo por las aceras, con sus pies, el prólogo de una aventura... (Sentencioso.) No se defiende bien quien no pisa bien... (Dobla una esquina.) ¿Por qué me llevas por esta calle solitaria?...

Manolita (esbozando una sonrisa). — Sé bueno; déjame cojear un poquito ahora que nadie mira. Luego, cuando salgamos de la zapatería, recorreremos las calles más céntricas. ¿Quieres?... (Le pellizca en el antebrazo.)

Don Ciro (el ademán resignado y có-



mico). — ¡Qué difícil es ser un hombre galante!...

Momentos después, en la zapatería. Manolita, rebuscando entre los pares de calzado más diminutos que la ofrecen, ha desocupado, casi completamente, los anaquelos del establecimiento. Docenas de cajas invaden el mostrador.

Manolita (enamorado repentinamente de unos zapatitos de gamuza que acaba de probarse). — ¿Ves? (A don Ciro.) Estos me están bien.

Don Ciro (receloso). — Di que te gustan; no digas que te están bien. Te aprietan; los dedos se dibujan uno a uno...

Manolita (se levanta, se sienta, da pataditas en el suelo; torna a levantarse). — Cuando estoy sentada no me duelen nada... ¡nada!...

Don Ciro. — Pero como los zapatos se han hecho para andar...

Manolita (ingenua). — Cortándome bien las uñas no me harán daño...

El zapatero, sonríe ecléctico. ¡Ha presenciado tantas escenas análogas!...

Don Ciro (persignándose). — ¡Jesús!...

¡Cortarse las uñas!... ¿Por qué para cal-

zarte no te untas los pies de vaselina?...

EL ZAPATERO (a quien la experiencia ha enseñado a ponerse siempre del lado de la mujer). — Yo creo que la señora lleva razón: esta piel «presta» mucho.

Don Ciro (a Manolita). — Como quieras; quédate con ellos. Estoy dispuesto a tomarte en brazos...

Ya en la calle, caminan despacio, y a cada momento se detienen a contemplar los escaparates de las tiendas. Manolita sufre horrorosamente; pero no se queja, temerosa de añadir a su tortura las predicciones de don Ciro. Por dos veces se ha llevado su pañuelo de encajes a la frente, mojada en un trasudor de agonía. Luego, ante un comercio de «géneros de punto», sus ojos se nublaron y pensó caer al suelo.

Don Ciro (sorprendido del silencio taciturno de su mujer). — Debías haber dicho que te ensanchasen esos zapatos.

Manolita. — Es igual; todos me hacen daño...

Don Ciro. — ¡Todos!... (Pausa.) Entonces ¿para qué cambias de calzado?...

Manolita. — Para cambiar de dolor. Mi-

ra: los de taflete me lastiman en un talón; los de charol, en un dedo meñique; los grises, en un pulgar... Cada par de zapatos es para mí una fase, un aspecto... del infinito dolor de usar un treinta y tres y medio, cuando en realidad necesito un treinta y cinco...

Continúa sobreponiéndose heroicamente a la tortura de aquellos borceguíes que, por instantes, parecen triturarla los huesos. Luego, siente en los pies un extraño hormigueo; es indudable que la sangre se retira. Crujen los tobillos. Al llegar al hotel, ya en el zaguán, Manolita se yergue, trágicamente pálida; sus labios pierden el color, sus párpados se cierran, su cabeza cae hacia atrás, el brazo con que hasta allí se aferraba a don Ciro, pierde su fuerza...

Un portero acude y entre él y don Ciro transportan a la joven al ascensor.

Manolita (recobrándose). — No es nada. ¡Oh!... (Se quita los zapatos.)

Don Ciro. — Pero... (Avergonzado.)

Manolita. — ¡No puedo más...; no aguantó más!... (Rompe a llorar.)

Apenas llegan a su habitación, Manolita se arranca el sombrero y se arroja en la cama. El dolor agita su garganta convulsivamente.

Manolita (sollozando). — ¡Quítame el corsé!... ¡Desabróchame el cuello!... Me ahogo... ¡Quítame las medias!...

Don Ciro (acudiendo a todas partes). — ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús me valga!...

Manolita queda inerte, tirada en el lecho como un naufrago en una playa. Después cierra los ojos y se cubre la cabeza con una almohada.

Don Ciro (monologuando). — Todo esto es grotesco. ¡Qué mujer!... En el teatro, en cuanto nos sentimos, necesita descalzarse. En los coches la sucede lo mismo... y en la mesa, mientras comemos... (dirigiéndose a Manolita, que parece dormir). Acuérdate de cuando en un restaurant de lujo, de París, el perrito de una señora que cenaba junto a nosotros se llevó uno de tus zapatos. ¡Qué escándalo!... Un camarero, con la risa, derramó la salsa sobre el frac de un caballero... ¡Yo estaba rojo!...

Continúa hablando hasta que, fatigado, se instala en un sillón. Silencio. Manolita no se mueve. Poco a poco, dulcemente, don Ciro se queda dormido.

Cuando despierta, ve a su mujer atravesada en la cama, los pies apoyados en la pared, para aliviárselos con la frialdad del muro, y leyendo una novela de Abel Hermant.

Don Ciro. — ¿Estás mejor?

Manolita (le mira, sonríe y le tira el libro a la cabeza).

Don Ciro. — ¿Quieres que almorcemos? Son las cinco.

Manolita. — Vámonos... Me pondré las botas tuyas.

Don Ciro (se acerca a su esposa y, enternecido, la besa los pies). — ¡Pobrecitos!... Por muchos malos pasos que hubieseis dado, nunca fuisteis acreedores a tanto sufrimiento.

Manolita. — ¿Y si almorzásemos aquí?

Don Ciro. — Si quieres...

Manolita (en su deseo de no calzarse). — ¡Sí, sí!... Es lo mejor...

(Apoya un timbre.)

Eduardo ZAMACOIS



# IMPRESIONES DE UN LECTOR

## «La corbata celeste»

La tiranía de D. Juan Manuel de Rosas dejó en la República Argentina una memoria simbólica. Los tiempos de Rosas; he aquí la fórmula de todos los desafueros y ominosidades que puedan deshonrar a un Poder y aun al país que los sufre. El escritor argentino Hugo Wast describe, en su novela *La corbata celeste*, el ambiente espiritual de su patria en aquella época. Es una novela histórica, sin el artificialismo que ese género acostumbra tener. La acción propiamente novelesca no queda ahogada por el interés de la figura bajo cuya irradiación transcurre. Una dulce figura de mujer, Leonor, atraviesa esas páginas como una visión consoladora, heroína que alienta desde lejos los corazones en la santa rebeldía y anuda la insignia de libertad, la corbata celeste, al cuello de sus elegidos. Hay algo en ella del alma de Diana Vernon, la virgen escocesa que vierte un óleo de suavidad sobre la rudeza bárbara de los *highlanders*, en el *Rob-Roy*, de Walter Scott.

La figura de Rosas se destaca con interés singular en la novela de Hugo Wast. Aunque Rosas pertenece a la dinastía, excesivamente copiosa, de los tiranos que brotaron de la tierra emancipadora de América, como un sarcasmo, tiene rasgos que lo individualizan. Toda la belleza demoniaca de su personalidad estriba en que tuvo carácter, acentuación fisonómica, exaltación de tipo, gran viveza de expresión. Algunos de esos rasgos le incorporan a la vesania de otros despotas feroces, como, por ejemplo, el conde de España. Voy a transcribir algún párrafo significativo sobre ese hombre, que hoy es un recuerdo de abominación y un día fué adorado sacrilegamente en los altares por una multitud fanatizada. Decía: «El pueblo de la República se divide en dos clases: los físicos y los morales. Rivadavia y Dorrego han gobernado con los morales y han fracasado. Yo gobernaré con los físicos.—Llamaba así, no sólo al paisanaje ignaro, que lo admiraba y lo temía, y a los indios crueles y bravos, que lo veneraban como a un dios, sino también a la clase intermedia de modestos estancieros y comerciantes que, con empeño y labor, se iban enriqueciendo y adquiriendo importancia. Gobernar con los físicos era tener en su favor la fuerza, el fanatismo y el número. Una vez sé le había oído sentar esta terrible verdad: «Dicen que yo me burlo de los hombres; pero ellos lo merecen, por su servilismo.»

Los días de Rosas sugieren el recuerdo de un problema de conciencia patriótica que pudo ayudar al dictador y prolongar su tiranía. Los unitarios, enemigos de Rosas, aceptaron la ayuda material de Francia, el bloqueo de Buenos Aires por la escuadra francesa. San Martín, el héroe de la independencia argentina, escandalizado por esa alianza, ofreció su espada al dictador. — Permitid que una vez más exponga mi opinión categórica en esa cuestión: los principios espirituales y humanos están por encima de toda distinción de frontera. Apelar a la Humanidad contra la patria puede llegar a ser un deber, no ya un derecho. Y no hay partido que pueda tirar la primera piedra en defensa de aquel integrismo patriótico. No ciertamente los emigrados de Coblenza en 1792, que entraron en París con los ejércitos de la Europa monárquica coaligada contra Napoleón; ni los fernandistas españoles de 1823, que impusieron a su patria el absolutismo más vergonzoso, el amparo de los franceses de Angulema.

«La suerte de las provincias argenti-

nas en aquella época—dice Wast—fué esa: cada año cambiaban de dueño, y cada cambio se marcaba con sangre, cualquiera que fuese la divisa, celeste o roja.» Al servicio del gobernador actuaba una banda de viles asesinos, «la Mazorca», que allanaba las casas y degollaba a los sospechosos de la menor tibieza contra la fórmula federal. El salvajismo de los federales llegó al extremo de *masacrar* la escolta que les retornaba al general Garzón, prisionero cuya vida salvó el romántico general Lavalle.

Véase, para coronar la impresión de lectura de ese libro, mixto de gracia narrativa y fuerte potencialidad dramática, la sangrienta visión del castigo de un infeliz, culpable de haber traído de Montevideo la noticia de una victoria de los unitarios:

«En una punta de lanza de la verja que rodeaba la pirámide de Mayo estaba clavada la cabeza del misero Olaguer. El siniestro despojo había ahuyentado a la gente. No se veía un alma en los alrededores. Me acerqué lleno de piedad, sublevada mi conciencia por aquel crimen alejoso y cobarde y sintiendo que me alejaba más del hombre a quien yo servía. Un hilo de sangre coagulada descendía hasta el suelo. Los ojos del muerto, hundidos en sus cuencas y cerrados, no reflejaban la angustia con que debieron ver

llegar a los asesinos. Una infinita serenidad había en la frente blanquísima, coronada por ralos cabellos encanecidos. Las moscas verdes zumbaban a su alrededor o se posaban en la boca, desdentada y sangrienta.»

## «Caracteres de la vida

### - social y mundana -

Mi querido amigo Victoriano García Martí acaba de reunir en un lindo volumen las crónicas mundanas en que acreditó su pseudónimo *El Duque de El Espíritu fino*, agudo, vivamente literario, García Martí nos enseña un código caballeresco, tan apartado de la rigidez clásica como de la camaradería jacobina y demagógica. Estilo de *causerie*, amable, ligero, fugaz. El antiguo discípulo de Duokheim ha aprendido, para escribir esas páginas, a aguzar su pluma como un florete en los salones que han sobrevivido en el París actual.

Acaso mi temperamento me sugiera algún reparo a las consideraciones de mi excelente amigo. Pero más que ese libro y sus mundanidades me complace recordar siempre el aura de irresistible simpatía que se desprende de su autor, uno de los hombres que mejor realizan el tipo del amigo, flor de cultura urbana y ejemplo, más que todas sus palabras, del refinamiento a que ha llegado una raza en el cultivo de la *relación*.

Gabriel ALOMAR



## CONMEMORACIONES: SILVERIO LANZA, INÉDITO

A mí, que he hecho tan larga biografía del gran maestro y precursor, me quedan aún algunas anécdotas inéditas que consagrar a su memoria. Este mismo retrato de busto en que luce su gran calva socrática, era un retrato que tenía «Azorín» en su pueblo, en aquel despacho alabeado en que pensó y preparó sus primeras cosas: el gran José Martínez Ruiz. Este «Azorín» escribió a su pueblo y le enviaron de allí este retrato que me ofreció con generosidad.

«Azorín» mismo me habló de este retrato que tenía y me sugirió el deseo de tenerlo. La carta en que me habló de él tiene notas interesantes. «La semblanza es definitiva—me decía «Azorín», acusándome recibo de mi libro sobre Lanza—. Pero, ¿por qué no ha recordado usted la última sorpresa de Lanza? Al año de morir, sus amigos recibimos un libro póstumo suyo, con dedicatoria manuscrita! Yo hice sobre esto un artículo. También poseo un verdadero retrato de Lanza. El Lanza de la portada de su libro, ¿es Lanza o un caballista andaluz? A él le hubiera gustado; pero no está ahí su espíritu.»

Yo esperé unos días que llegase el retrato y me hacía muchas interrogaciones mientras tanto. Tuve un constipado de interrogaciones. ¿Cómo podía ser ese retrato, cuando «Silverio Lanza» nunca había querido retratarse, y el retrato que yo tuve que dar en mi libro fué uno que se hizo con su esposa y que recordamos de la única prueba que sacó el fotógrafo?

«Ahí va ese retrato de Silverio Lanza—me escribió «Azorín», al enviármelo; de aquel Silverio Lanza stendhalliano y fantasmagórico.»

Cuando me lo envió «Azorín» pensé en aquel despacho húmedo como un embarcadero y en el que los papeles se amontonaban sobre las consolas y las mesas.

Vi sus cuadros ladeados, con su rosetita dorada, en cada ángulo del marco de caoba, y vi que algunos tenían el cristal roto por una punta, como si la destrucción hubiese dejado tarjeta o hubiera pasado su revisión inevitable. Indudablemente, habían revuelto atrocemente sus papeles, lo habían trabucado todo y habían puesto lo de en medio encima, haciendo con sus papeles ese corte que se acostumbra hacer en el juego y que consagra el azar como nada. ¡Perdón, admirado maestro!

Después de mi larga biografía del que hubiese sido un Dostoiewski español si la ramplonería ambiente no lo hubiera evitado, me he encontrado con un ahijado de Silverio Lanza; con el otro ahijado, porque yo también era un ahijado de Lanza.

Por ese ahijado supe cómo a veces había días en que se ponía levita y sombrero de copa, muy elegante en el pueblo, sólo «para que reconocieran su autoridad».

A veces salía con él, y eran notables las cosas que le decía.

—Mira, ahora no se cede la derecha; ahora no tienes que aprender la galantería.

—Si te pierdes—le decía al niño,—para eso llevo el sombrero de copa... ¡Gran idea la de que el sombrero de copa es una señal o un faro para los niños!

A veces, este ahijado travieso le enredaba los timbres, de que tenía llena la casa, y salía don Juan asustado, con una pistola en cada mano.

Una vez no sé qué persona querida se abrasó al echar unos ajos al aceite, y desde entonces siempre traía unos ajos como homenaje a la mártir...

—Yo, como no temo a la muerte... le oía decir muchas veces.

Cuando el niño se extasiaba ante alguna estampa o algún cuento, le decía Silverio Lanza: «Todo eso es pintado... Cuando seas mayor, ya verás, ya...»

A veces, de alguno de sus libros, recordando que era militar, se le ocurría enviar volúmenes a algún regimiento. Una vez recordaba su ahijado haberle oído decir en voz alta: «Una arroba y media de libros para el regimiento de León, que tiene tres batallones.»

Además de las de su ahijado, he recogido otra anécdota, de mano del admirable Castrovido.

Según Castrovido, Silverio Lanza llevaba siempre en el bolsillo un pliego, por si le mataba un antiguo jefe de la Policía judicial.

Aunque creó que fueron leyendas para pintar de un modo más pintoresco al escritor todas esas de su manía persecutoria, tomada por él con humorismo y fantasía, no dejaba de haber razón para temer la persecución en un hombre que había sido procesado varias veces por delitos de imprenta y que se había tenido que refugiar en Jetafe para no verse comprometido de nuevo.

Silverio Lanza, poco a poco, se va volviendo más personaje de la novela de la vida. Yo siempre procuro destacarle más como personaje de la novela de la vida que como autor de la novela de la vida. Tiene huesos, encarnadura, gestos, ademanes, principios de diálogo, cuentos y chascarrillos de *personaje* de la novela de la vida.

Era el tío de todos los liberales independientes, que vivía en Jetafe metido en su panteón antes de tiempo.

—¿Qué panteón más confortable tiene usted!—daban ganas de decirle.

¡Qué agradable debe de ser, después de todo, amanecer todos los días en un día de vacaciones! Sólo se deben volver amargos esos días a las ocho de la noche. A las ocho de la noche se debe sentir la pena de lo no hecho y de no estar en la lucha auténtica, trabajosa y llena de competencias.

Yo, que algún día entré en su casa a las tres de la tarde y salí a las ocho, recuerdo cómo a esa hora su género de vida se llenaba de desconsuelo, su panteón era un verdadero panteón, las puertas se enclavijaban contra su marco y apretaban los dientes de sus llaves contra el hueco del cierre, cerrando herméticamente las habitaciones...

A las tres de la tarde, por el contrario, la felicidad era extrema. Allí se recogía el día íntegro, madurado, amasado con su justa proporción de sal y levadura y en toda su exuberancia.

«La vida no la saludamos siquiera en Madrid y en nuestro trabajo», me decía yo en Jetafe, meciéndome con disimulo y educación en la mecedora de luto en que me sentaba para hacerle *pendant*, ya que él también se sentaba en otra mecedora.

Pero eso otro que no es la vida, sino algo mejor, aunque nos oprima el pecho y apriete las esponjas de nuestros pulmones, vale más, y a las ocho de la noche me iba inquieto, acongojado, por llegar pronto ante las luces de Madrid.

Pero siempre seguiremos pensando: «¿Qué bien estaría dedicarnos a una vocación que comience a las nueve de la mañana y acabe con un sueño gracioso a las nueve y media de la noche!»

Ramón GOMEZ DE LA SERNA



## LECTURAS

Eduardo Ontañón acaba de publicar un nuevo libro de versos, en que el joven y ya notable poeta burgalés viene a confirmar, mejorándolas, las relevantes aptitudes que en sus primeras producciones tan brillantemente demostró.

Ya el título—*Sinfonía en azul*—, bajo el que se agrupan diversos motivos líricos dentro de la unidad temática, denota por sí solo las modernas orientaciones y las normas innovadoras en que se inspiran y a que se plegan—de fondo y de forma—las composiciones que contiene el pequeño volumen.

El temperamento amoroso, sensitivo y un tanto pesimista de Eduardo Ontañón, con ese pesimismo prematuro de los veinte años, más imaginado que vivido, impregna todas sus poesías de un perfume de dulce y encantadora ingenuidad que cordialmente nos cautiva.

Una portada del ilustre Marceliano Santa María, lindas viñetas de Gil de Vicario y un afectuoso prólogo de Fernando López Martín avaloran el libro.

(X)

El distinguido literato D. E. Martínez Hervás ha dado a la estampa una obra

escénica titulada *Sócrates* y a la cual clasifica de «librodrama» histórico, dando a entender con este neologismo (y en ello coincidimos con el juicio del autor) que se trata más bien de una producción hecha para que sus matices sean gozados en una recogida lectura y no para llevarla al ambiente escénico propiamente dicho.

(X)

El brillante escritor Germán Gómez de la Mata, tan celebrado de la crítica y gustado del público por sus anteriores novelas *Orquídea* y *Mariposa* y por la linda colección de cuentos *Muñecas perversas*, ha publicado una nueva obra de aquel género, titulada *La que llegó tarde*, en que campean su ágil y suelto estilo literario, sus finas dotes de percepción y de asimilación, y su concepto sereno de la vida.

La interesante producción de Gómez de la Mata, presentada, por cierto, con mucho gusto editorial, está llamada a tener un gran éxito.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

### CARNE LÍQUIDA



INSUSTITUIBLE PARA ANEMIA, DEBILIDAD NERVIOSA, CLOROSIS, TUBERCULOSIS, NIÑOS RAQUITICOS Y CONVALESCENCIAS

Quiosco de EL IMPARCIAL  
CALLE DE ALCALÁ

(Esquina a Barquillo)

Se admiten suscripciones y anuncios



JARABÉ OSTEÓGENO  
GENOVÉ

RECONSTITUYENTE IDEAL PARA LOS NIÑOS

FAVORECE NOTABLEMENTE LA FORMACION DE LOS HUESOS Y EL CRECIMIENTO DE LOS NIÑOS. INDICADISIMO PARA LA MADRE EN EL EMBARAZO Y LACTANCIA. DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Nerviosina de T. González De venta en farmacias



FUENCARRAL 6 MADRID

FOTOGRAFÍA  
TOLEDO 63 MADRID

**GRÁFICO HISPANO**  
FOTOGRAFADO

ARTE GALILEO 34 TELÉFONO J. 859



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR  
UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

### EL MEJOR ALIMENTO

y esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos.

De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50. — MADRID

### Cubiertas de cristal sin masilla sistema ECLIPSE



Juan Donate y Franco (GIJON)

Representación de Madrid: Costanilla de los Angeles, 13

### AGUAS del INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =



# CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado



que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO  
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

# EUREKA!!

siempre será el mejor calzado  
11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS

J. SEGURA  
FOTÓGRAFO

Teléfono M. 4.152.

4, Puerta del Sol, 4.



Vista de la fachada del Hotel de París.

A. E. G. Ibérica de Electricidad, S. A.

Dirección - Madrid: Nicolás María Rivero, 8 y 10.

Sucursales: Madrid. — Barcelona.

Bilbao. — Gijón. — Sevilla. — Valencia.

Zaragoza.

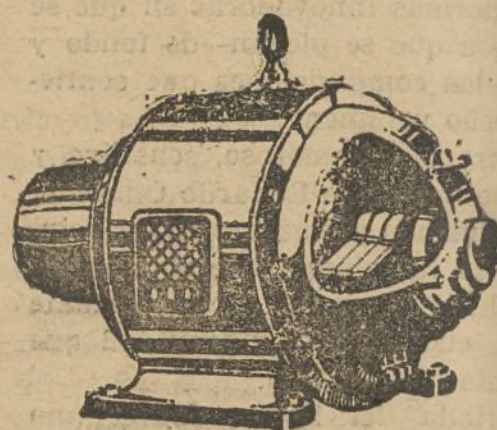


Grandes existencias recibidas recientemente de Alemania en

ELECTRO MOTORES.

de corriente continua y alterna trifásica.

SUMINISTRO INMEDIATO



## AVISO

Un ahorro mal empleado es adquirir lámparas baratas que, al fin de cuentas, resultan caras. La verdadera economía en el fluido y en la manutención del alumbrado se alcanza gastando en todas partes las famosas lámparas Budapest Tungsram (corrientes, tipo 1/2 watio y 1/2 watio intensivas) procedentes de la antigua fábrica de Budapest (Ujpest). Las casas particulares, los casinos, teatros, hoteles, restaurants, talleres, centrales, el alumbrado público y el público en general, no dejarán de convencerse pronto de la verdadera significación de las tres palabras:

LÁMPARAS BUDAPEST TUNGSRAM

Manuel López

FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17

Ayala, 60

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.